



El Bosco, troceado

Comentarios libres sobre *El jardín de las delicias*

Antonio Tausiet

El Bosco, troceado. Comentarios libres sobre *El jardín de las delicias*

Obra original

El jardín de las delicias, ca. 1500

Hieronymus Bosch, El Bosco (1450-1516)

Museo Nacional del Prado. Madrid, España

Textos y tratamiento de imágenes

Antonio Tausiet



Los libros prohibidos

Editorial *Los libros prohibidos*. Zaragoza, España, 2022





Introducción

Corría el año 2010 cuando se me ocurrió hacer un comentario pormenorizado de varias obras de El Bosco y publicarlo en internet. Elegí para la ocasión cuatro de sus grandes éxitos (o de su taller, según las últimas averiguaciones de los expertos): la *Mesa de los pecados capitales* y los trípticos del *Juicio final*, del *Carro de heno* y el del *Jardín de las delicias*. Ya entonces procuré detallar en parte la inmensa cantidad de información que aportaba el autor con sus pinturas, encabezándola con un breve comentario, que comenzaba así:

Hieronymus Bosch fue un pintor holandés que nació en el siglo XV y que les gustaba mucho a los surrealistas del XX. Al que en España llamamos El Bosco era un pintor religioso que, aunque en Italia ya estaba implantado el Renacimiento y Miguel Ángel hacía sus obras maestras, reflejó una iconografía heredera de la Edad Media. Eso sí, feroz e increíblemente imaginativa.

Ya estamos en 2022. Un inusualmente hipercálido mes de junio me ha confinado en casa y me ha llevado a volver al maestro holandés. Mi primer impulso ha sido adentrarme de nuevo en su obra, doce años después, y he visto un buen número de documentales sobre ella. Después

he descargado un archivo de imagen con su famoso tríptico del *Jardín* y me he dedicado a trocearlo en mi ordenador. Como he obtenido 64 imágenes en buena resolución, aislando muchos de los detalles de esa obra maestra, me he decidido a publicarlas, añadiéndoles mis comentarios personales en forma de textos libres.

Mi primera idea era hacer esto con toda la obra de El Bosco, pero creo que es suficiente con la más significativa. De lo contrario, mi vida habría estado dedicada en exclusiva a este pintor durante varios meses, y creo que hay más cosas de las que disfrutar. Centrándome en *El jardín de las delicias*, debo comentar cuatro cosas respecto al cuadro antes de entrar en harina. Como es sabido, puede verse en el Museo del Prado de Madrid, procedente de la colección que atesoró Felipe II en El Escorial. Fue pintado alrededor de 1500 por encargo de la nobleza europea y formaba parte de una colección privada en Bruselas.

Nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que vemos en este abrumador tríptico. Está claro que la tabla izquierda representa al paraíso terrenal de la Biblia, con Dios presentando a Eva a Adán. También es evidente que en la tabla central se ven innumerables jóvenes disfrutando de la vida, y que en la de la derecha se muestra el infierno cristiano. Pero más allá de estos datos genéricos, las interpretaciones son múltiples, tanto como las sugerencias de su creador. El Bosco es único en su especie, y puede ser analizado como le dé la gana al espectador. Así, la crítica tradicional habla de un relato seriado de viñetas en las que primero contemplamos ese paraíso, con sus recién creadas criaturas y arquitecturas, después la explosión del pecado carnal cuando, antes del diluvio, los humanos despreocupados se daban a la lujuria sin recato, y por fin, el castigo divino por tales desmanes, con la condenación eterna por los vicios.

Esta visión es cuando menos probable, dado el carácter de encargo de la obra, pero muchos estudiosos han visto también lo innegable: los personajes de la tabla central, el que sería ese jardín de las delicias, muestran una serena despreocupación muy poco edificante desde el punto de vista doctrinal. Tomado como un solo cuadro, de las decenas abigarradas que nos regala el autor, ese panel sería el mismo “topo” que se cuela en el medieval *Libro de buen amor*, donde se muestra lo no permisible para presuntamente ejemplificar en sentido contrario, o en el fragmento del *Libro de la sabiduría* bíblico que, encabezado con un “Dijeron, pues, los impíos entre sí, discuriendo sin juicio” reza así:

Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes, démonos prisa a disfrutar de todo en nuestra juventud. Hartémonos de ricos, generosos vinos, y no se nos escape ninguna flor primaveral. Coronémonos de rosas antes de que se marchiten; no haya prado que no huelle nuestra voluptuosidad. Ninguno de nosotros falte a nuestras orgías, quede por doquier rastro de nuestras liviandades, porque esta es nuestra porción y nuestra suerte.

Estos párrafos eran muy del gusto de Luis Buñuel, que los relacionaba con el marqués de Sade, y eso nos lleva a recordar que la influencia de El Bosco en la pintura surrealista fue muy profunda. Esto no es más que una de las referencias que acuden a nuestra mente al contemplar

este álbum de cromos variadísimos, cual si fuera una Corte de los Milagros que hubiera bebido del *Apocalipsis* del Beato de Liébana y nos llevara a velocidad supersónica hasta *El Guernica*.

Si bien está claro que la tercera tabla muestra sin recato todo tipo de torturas demoníacas que serían la consecuencia de las citadas liviandades de la Biblia, determinados autores han opinado que lo que vemos en el panel principal es una transparente invitación al disfrute y al placer. Ello es debido a que, como yo mismo adelantaba en 2010, “emana alegría de vivir, luminosidad, erotismo y despreocupación religiosa, lo que le hace una obra de afirmación moderna y hedonista”.

El crítico Hans Belting incide en este aspecto. Se trataría del desarrollo del paraíso terrenal, en el supuesto de que el Diablo no hubiera intervenido. Ese lugar que tenía preparado Dios para la Humanidad, donde no existe el pecado y todo es placer (el paraíso perdido, la edad de oro...). La interpretación es atractiva, dado el citado estado de despreocupación de los personajes. Pero insisto, en *El Bosco* nada está cerrado, todo es un continuo diálogo, premeditado o no, con el espectador.

La indiscutible presencia del humor en las distintas escenas que me he permitido aislar (por mucho que en muchas ocasiones interactúen en el tríptico) ha sido para mí el principal acicate para preparar este volumen, como lo fue también mi estudio de 2010. Los sesudos investigadores de esta obra dan muchas vueltas a los posibles significados de tamaña colección de disparates, pero creo que olvidan la infancia, el juego por el juego, la esencia misma del sentido del humor que, una vez en la edad adulta, se enriquece con la conciencia crítica.

Al final, la recopilación de imágenes que ofrezco aquí es lo más importante: mis textos son un vago remedo del juego que presupongo en el artista original. En algunos casos, esa labor de separar los distintos elementos del tríptico me ha costado sudor y lágrimas, por la superposición continua de situaciones delirantes y caóticas. Tradicionalmente, las escenas del *Jardín de las delicias* se han mostrado como meros fragmentos, incluyendo recortados los detalles de los pasajes contiguos. Buena parte de mi trabajo ha consistido en eliminar esos detalles, como el atento lector comprobará.

Uno de los cuadros que se atribuyen a *El Bosco* es el que muestra la *Extracción de la piedra de la locura*. Como este tipo de trepanación ya no es de uso común, me he permitido incluirme en el grupo de los que alojamos bajo el cráneo tal guijarro, y dar rienda suelta a mis fantasmas y visiones para establecer un paralelismo entre ellos y lo que veo en el tríptico. Como se verá, en mis textos tan pronto me pongo serio como divago, tan pronto aludo a frases de uso común como a citas rebuscadas entre mis referentes literarios o cinematográficos, ya sean remotos o contemporáneos.

Me he entretenido mucho preparando este volumen y redactando sus ocurrencias. Para mí, el resultado final es precioso, preciso y revelador. Estoy, al fin, muy contento del trabajo realizado, y creo que es fácilmente disfrutable e innovador desde un punto de vista estético: como queda dicho, una nutrida (nueva) colección de decenas de cuadros individuales de un maestro incontestable.

He ordenado las imágenes y sus comentarios en seis partes. Las cinco primeras se ocupan de las tablas de la creación y el jardín: *Arquitecturas caprichosas*, que muestra ocho edificaciones; *Criaturas nacientes*, con una selección de los seres vivos recién forjados; *Ocio de aire y agua*, donde comparecen los habitantes del jardín entreteniéndose en esos dos elementos; *Diversión asegurada*, con quienes disfrutaban en el centro de la obra; y *Jolgorios cercanos*, presentando las actividades de los humanos en la zona inferior del panel central. Cierro con la sexta y última parte, *Entre tinieblas*, en la que troceo la tabla del infierno.

Ya solo me queda engrosar el capítulo de los agradecimientos, y debo encabezarlo con las páginas web de libre acceso a documentales, lugar virtual en el que, un día de asueto, comencé a volver a adentrarme en el mundo de El Bosco. Nunca estaré lo suficientemente agradecido a esos remansos de libertad que ofrece internet. Por otro lado, sería un acto de injusticia poética olvidarme de los hermanos corazonistas, esos ángeles exterminadores de niños. Sin su férrea educación torturadora, mi magín no sería capaz de pergeñar estas procaces y libérrimas incursiones en el mundo de los márgenes.

También debo rendir tributo por escrito a tantos y tantos personajes que he tenido el gusto y la desgracia de conocer, como los familiares y amigos enloquecidos que me han ido llevando por el camino tortuoso del escepticismo desesperado. No sería ecuánime por mi parte olvidar a esos exquisitos devoradores de libros y películas que han sido “mi guía y mi lumbre”, como *La fuerza de la costumbre* en la inspirada canción de Gabinete Caligari.

Hay dos grupos de humanos, entre las infinitas divisiones que se pueden realizar. El uno lo componen los adoradores de lo tangible, y entre ellos están las personas que venden cosas, que solo hablan de sus experiencias cotidianas, que se dejan llevar por tendencias sociales y no van más allá de sus dolores corporales y su sentimiento vacuo de la vida. Cortázar los identificó como *famas*. El segundo grupo, los *cronopios*, caminamos unos centímetros por encima del suelo, nunca discutimos por dinero, somos denominados artistas por los otros, nos preocupamos por las hormigas, las mareas, los atardeceres y los cuadros de El Bosco. Vaya como estrambote final de este soneto en prosa la gratitud eterna al resto de personas que no se reconocen entre las que acabo de describir, y están plenamente convencidas de que sin ellas no habría sido posible este chiflado despiece.

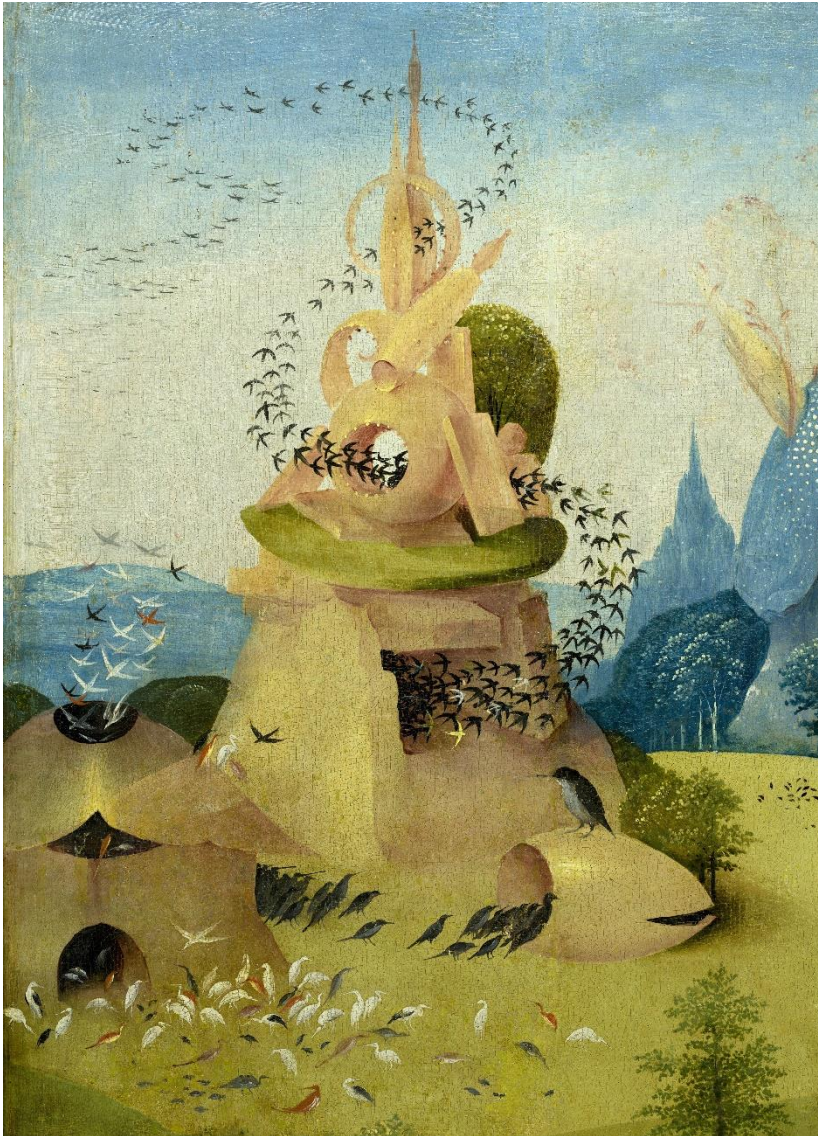
Antonio Tausiet. Zaragoza, verano de 2022



I. Arquitecturas caprichosas

La parte superior de las dos primeras tablas, cuya línea del cielo coincide, ofreciendo la idea de que estamos en el mismo lugar, incluye una serie de arquitecturas, a medio camino entre formaciones naturales y artificiales. Poseen un estilo cercano a los arreglos florales, y constituyen un adelanto de los grandes edificios-escultura que alumbrará la arquitectura moderna.

En unos casos son edificios ornamentales, y en otros se trata de fuentes. Predominan los tonos rosas y azules, agradables a la vista. En el primer panel son los animales los que rodean a estos ingeniosos objetos, mientras que en el segundo ya son también lugar de disfrute y ocupación por parte de seres humanos: la primera prole bíblica posterior a Adán y Eva.



La urbanización de los pájaros

Somos los primeros pájaros, quizás los primeros vencejos, tordos o golondrinas. Luego Bécquer dijo que volveríamos, pero de momento tenemos nuestra propia urbanización primigenia y no hay a la vista ningún *tordocop*, esos espantapájaros robóticos que pusieron en el parque de Huesca en 1995.

Salimos contentos en desbandada de la planta baja de nuestra torre principal, y hacemos unas piruetas muy reseñables. El recién creado mundo es nuestro, o eso nos parece, y vivimos a la buena de Dios. Y eso que no nos falta organización. Las garcetas prefieren los pastos de la casa baja, con su techo de alas, y tenemos también una escuela huevo para los pichones, muy bien atendida por el pájaro profesor.

Es la nuestra una existencia animosa, grácil, en equilibrio estético con la urbanización, que parece un diseño de Gaudí hecho con los restos amontonados de las obras de la Sagrada Familia. No se nos oye y sin embargo cantamos a coro, como las *púberes canéforas* glosadas por Rubén Darío a la muerte de Verlaine.

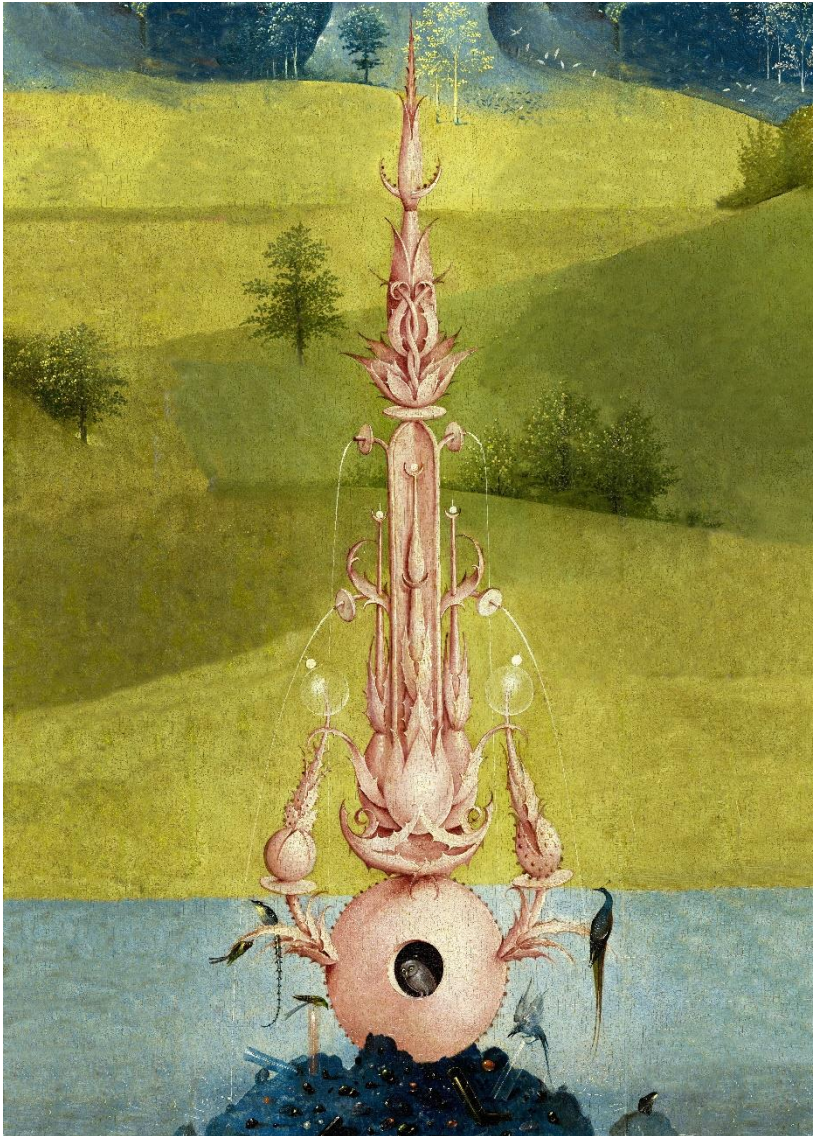


Las montañas azules

Puestos a crear el mundo desde cero, mejor si al fondo del paisaje plantamos unas montañas azules, como las olas de un mar encrespado que llevase flotando trozos del naufragio de un navío gigante y ancestral.

Porque ahora están quietas, las montañas azules o lo que quieran ser, pero hace un rato daban vueltas, rodaban sobre sí mismas, dibujaban parábolas hiperbólicas mareando a los árboles y a los pajarillos. Luego llegará la erosión, y desaparecerán las ruedas y los pámpanos y los abrigos y los picos curvos, y hasta la rama de la luna creciente que quiere imitar a las ruedas.

Mientras, antílopes ajenos ramonean en el bosquecillo de setos, ejerciendo de contrapunto sereno a la marejada congelada. Un conejo, quizás el primer conejo de la historia, descansa solitario mientras piensa, si es que los conejos piensan, que todo consiste en esperar sentado, como decía aquel, en Mateo 6:25-31: “No os inquietéis por vuestra vida, pensando qué vais a comer”.

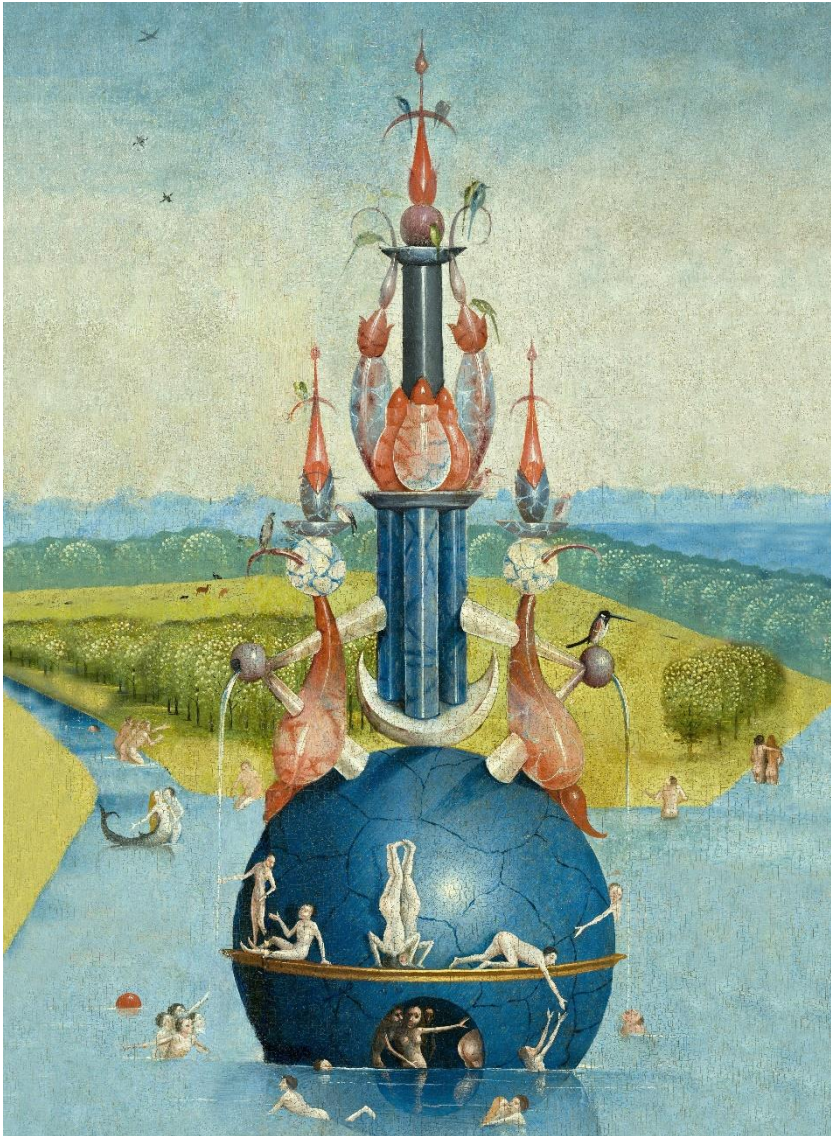


La primera fuente de la vida

Para qué vamos a andarnos con tonterías respecto al equilibrio vertical, si al fin y al cabo estamos en el paraíso terrenal. No hay lugar idílico sin su fuente con chorritos, y ya que nos ponemos, la diseñamos bulbosa y estilizada, como si a una columna corintia se le hubiesen desparramado las hojas de acanto del capitel.

Aquí se derrocha lo que sea necesario: ya vendrán luego los inevitables aguafiestas. Entretanto, dispongamos las patas de las cigalas de nuestra mariscada en forma de torreta y háganse las corrientes cristalinas y los cuatro ríos primordiales, que de momento no comparecen.

Las bestias tendrán dónde beber, las aves aristocráticas dónde posarse, y la sabia lechuza encontrará su nido en la esfera de la base, bien asentada sobre un lecho de piedras preciosas. Una rana poco sensible da la espalda a “esta máquina insigne, esta riqueza” cervantina, quizás porque aún no ha aprendido a leer.



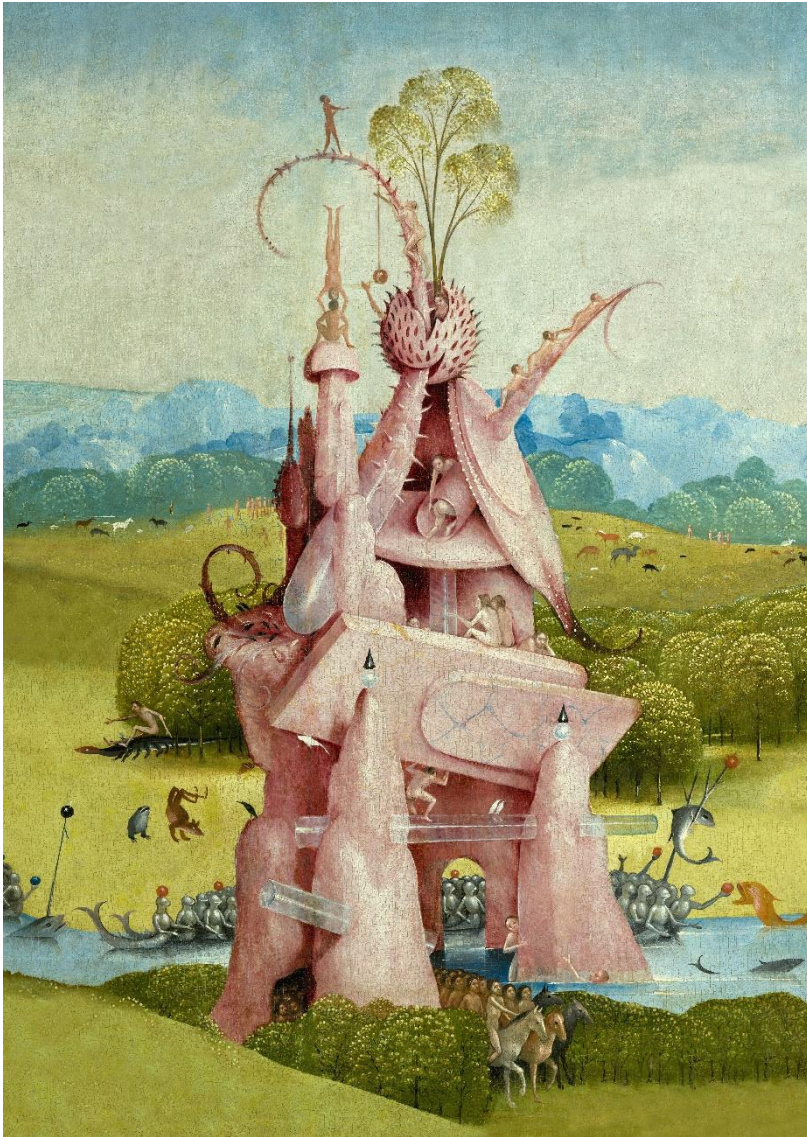
La segunda fuente de la vida

El tiempo pasa y transforma las cosas. El paraíso terrenal ha evolucionado y se ha llenado de gente. La fuente de la vida, antes algo raquítica, ha adquirido nuevos volúmenes y ha soltado tanta agua que, ahora sí, ya tenemos trazados los ríos de los cuatro puntos cardinales.

La fuente es el centro del parque acuático, una de las zonas temáticas del complejo de ocio en que se ha convertido el joven mundo. Los humanos, recién multiplicados, están dotados para la pirueta, sea gimnástica o sexual.

Hace buen tiempo, y el traje de baño no tiene por qué haberse inventado todavía. La lechuza ha volado, y ahora son simpáticas personas las que hacen uso del punto donde nacen las cuatro corrientes, conmemoradas por otros tantos pabellones temáticos, como se verá.

Hay quien dice que la esfera de la fuente se está resquebrajando a causa de la lujuria desmedida, que incluye trato con sirenas. Pero lo cierto es que el agua está muy buena y no bañarse sería desaprovecharla.



El primer pabellón

El parque acuático tiene cuatro pabellones temáticos. El primero, en tonos rosados, hunde los pétreos cimientos en su río correspondiente. Sirve para que esperen a su sombra los jinetes que se incorporarán al baile de cortejo, pero sobre todo, y como los demás pabellones, para solazarse escalándolo y crear figuras de grácil equilibristismo humano.

Un ejército de tritones, bien pertrechado de armaduras, practica la pesca con rama, mediante el ingenioso ardid de dar de comer cerezas a los peces. Se puede jugar al escondite, aprovechar los tubos transparentes para divertirse dentro y fuera de ellos, conversar y reflexionar.

La estructura del pabellón recuerda vagamente a la antigua urbanización de los pájaros, que se levantaba en el paraíso terrenal. Ahora son los humanos los que toman su sitio, y en principio no habría por qué reprochárselo. Que sepamos, ni siquiera se cobra entrada en el recinto.



El segundo pabellón

En los confines más alejados del parque temático se levantan los dos pabellones sobre los ríos que se alejan hacia el horizonte. El de la izquierda, como los otros tres, es un prodigio de fantasía que mezcla motivos vegetales con una base que, en este caso, parece inspirada en cúmulos de nubes.

Humanos y aves en armonía retozan en la edificación, coronada por un gran sonajero ornamental, sobre el que se posa una garcilla bueyera. A la izquierda, una cueva ejerce de establo; en la base central, otra abertura da paso al río correspondiente. En ella se cobijan quienes buscan reposo balneario, y en el curso fluvial y sus orillas se agolpan hombres y mujeres para disfrutarse mutuamente.

Al segundo pabellón lo llamamos el de la rama, porque está atravesado por una muy grande. El estilo general es consonante con el resto de edificios: una mezcla a la vez proporcionada y disonante de marisco, planta tropical y delirio de un demiurgo que se diría a la vez soñador y neurasténico.

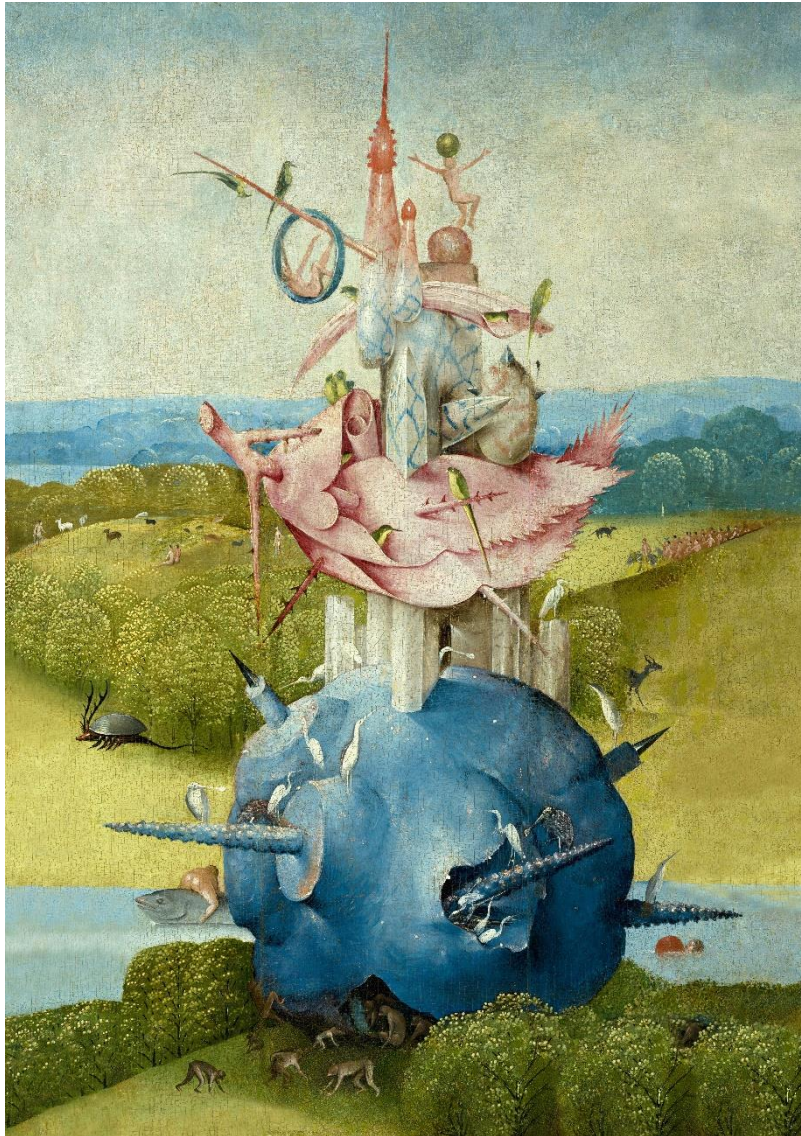


El tercer pabellón

De nuevo refugio de humanos y animales, el tercer pabellón del parque acuático ofrece atracciones para todos. Como su edificio hermano, presenta similares características estilísticas y está construido sobre el río correspondiente.

En su parte superior, una grácil pluma curvada adosada a un pináculo sirve para que un aguerrido gimnasta conforme una bella composición corporal, desafiando la altura y la gravedad, si es que esta última estaba ya implantada. A su lado, un tubo dispara nuevas criaturas aladas.

No negaremos que cuando rugen las tripas es necesario proveerse de viandas: aquí todo está al alcance de la mano, y un buen ejemplo es el caballero que acarrea una buena pieza cuadrúpeda recién cazada.



El cuarto pabellón

Que sí, que estamos de acuerdo. El parque acuático del paraíso terrenal evolucionado cuenta con una fuente central y cuatro pabellones que se parecen mucho entre sí. Pero hay que reconocer que forman un conjunto muy cuco.

El último pabellón, en la margen derecha del cuarto río, comparte con los demás las características tipológicas que esta vez, no se preocupen, vamos a obviar. Eso sí, atención: su base cobija una comunidad de monos.

No es necesario remarcar que esto sí es una novedad. Ahora sabemos que los humanos somos primates evolucionados, pero entonces eso no era del dominio público. Y además les daba igual, tanto al ignoto espécimen cubierto con un escudo, como al señor del culo gordo que navega sobre un buen pez y al pacífico bañista solitario con su pelota colorada.



II: Criaturas nacientes

La tabla izquierda muestra el sexto día del Génesis, cuando Adán y Eva fueron creados. El día anterior a la escena, el quinto, habían aparecido ya el resto de criaturas vivas. Así, centrándonos de nuevo en las dos primeras tablas, podemos hacer un repaso de distintos animales, tanto reales como fantásticos, como la salamandra jarrón o Jesucristo.

La gente que se dedica a contar el número de las cosas dice que en *El Jardín de las delicias* comparecen setenta especies animales distintas. Lo que más hay son aves: parece ser que más de seiscientos ejemplares. Unos cuantos ya los hemos visto entre las arquitecturas del capítulo anterior, y seguiremos contemplándolos en este y los siguientes.



El unicornio y el elefante

Pasen y vean, aquí tenemos de todo. Entre los animales que beben, el ancestral unicornio moja su cuerno mágico, purificando el agua, según los relatos legendarios. El bóvido de al lado se fija, e intenta hacer lo mismo con su cola.

Estos animales sólo tienen un día de edad, pero están bastante crecidos. Incluso han entablado ciertas relaciones: no hay más que ver cómo el mono ha aprendido a montar sobre el elefante, poniendo las bases del espectáculo circense.

Aseguran los versados que los animales no europeos que aparecen en la obra están representados para situar el jardín del Edén en Mesopotamia. Sin embargo, una vez más asoma el espíritu libre del autor, contradiciendo a los exégetas: el elefante es africano.



La jirafa y el árbol de la ciencia

Una esbelta jirafa africana centra este fragmento, rodeada por mamíferos variados. El oso trepa a un árbol que, por qué no, podría ser un madroño. Lo que algunos identifican como un león se zampa un cervatillo. El jabalí con sus jabatos se enfrenta a un pequeño dragón, mientras el puerco espín parece protegido y ajeno...

El perro con dos patas, inquietante rara avis, nos prepara para el desfile de simpáticas aberraciones que vendrá. Acompaña la toma, a la derecha, un elemento vegetal imprescindible.

Se trata del árbol de la ciencia, o del conocimiento del bien y del mal, uno de los dos árboles con protagonismo en las historias sobre el paraíso terrenal. Representado aquí como una palmera, a su tronco se enrosca la famosa serpiente que tentará a Eva y Adán para que coman del fruto prohibido. No hay rastro de manzanas, que quede claro.

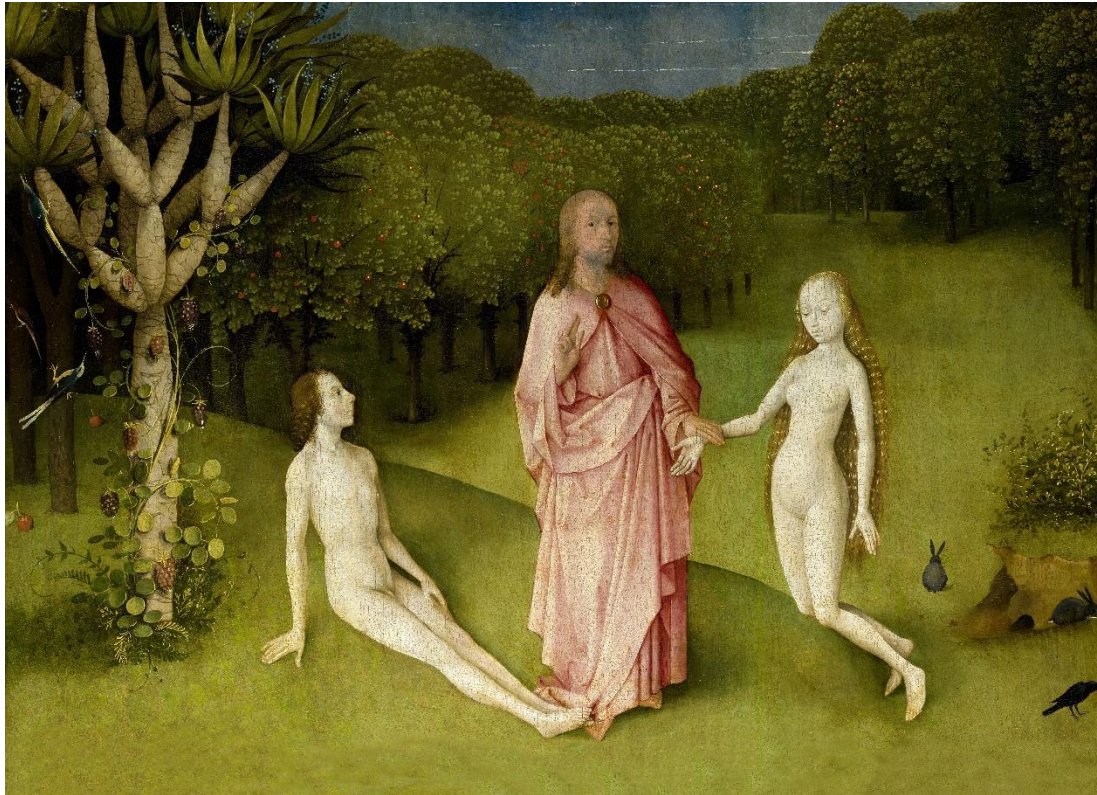


La pareidolia y los anfibios

La roca que sostiene el árbol de la imagen anterior se ha venido calificando como antropomórfica, dada su similitud con una cara humana mediante el fenómeno de la pareidolia, con el bicho azul sugiriéndonos el ojo. Algunos aseguran que es el rostro del Diablo.

A lo mejor todo eso es verdad, incluso la recurrencia que relaciona esta figura con la que aparece en varios cuadros de Dalí; sin embargo, en ellos se reproduce una roca del cabo de Creus. A la derecha tendríamos nada menos que la tumba de Adán. Yo no digo nada.

Unos cuantos anfibios, reales y recreados, salen de las aguas encabezados por otra rareza genial, que podemos bautizar como la salamandra jarrón, por ejemplo. Al fondo, la rana y el cisne están a lo suyo.



Ménage à trois

Las criaturas más raras de este panel son, sin duda, las tres que vemos aquí. El del centro es Jesucristo, el hijo de Dios, al que aún le faltaba mucho tiempo para nacer en Belén. Pero como también es el mismo Dios, hace lo que le viene en gana, y aquí ejerce de verbo creador. Acaba de forjar a Adán, que permanece sentado a la izquierda tras serle extirpada una costilla, y le está presentando a Eva, que parece flotar arrodillada.

El drago canario de la izquierda es el árbol de la Vida, segundo de los identificados en el jardín del Edén. Si comes su fruto, obtienes vida eterna. Nuestros famosos padres prefirieron probar del otro árbol, como es de dominio público.



El felino cazador

La parte inferior de la primera tabla nos muestra a pequeños animales en primer plano, algunos de ellos alimentándose de otros. Es el caso de este felino, identificado como un leopardo, aunque más parece un lince ibérico, que ha cazado un ejemplar dizque ratón, que sin embargo semeja anfibio o reptil.

Este sencillo fragmento es un buen ejemplo de la infinita gama de posibilidades de interpretación de la obra. ¿Y si El Bosco pintaba lo que le daba la gana? Desde aquí nos inclinamos a apostar por esa opción, que presentamos como inédita en la historia del arte.



Pajarracos comen batracios

No hay mucho que añadir a la visión de este grupo de cuatro pajarracos inventados. El más feo de todos, de pico curvo, se está zampando una rana, y su amigo el de la lengua en punta de flecha se dispone a hacer lo mismo. El idílico Edén recién inaugurado, si te fijas, tiene ya incluidas sus deliciosas aberraciones.

Dice Jacinto Antón que es más fácil ver pájaros en El Bosco que en el bosque. Si a los representados según su figura real les añadimos todos estos engendros, no cabe duda de que el bosque se nos quedaría pequeño, y sus árboles nunca nos dejarían ver la parada de los monstruos.



A la orilla de la charca

Los autores de la Biblia tenían mucho texto por delante y no se detuvieron a describir los pequeños detalles de la creación. Pero para eso tenemos este cuadro, claro. El fragmento nos muestra la orilla de una poza, de la que una foca sale y una gallinácea bebe contemplada por un faisán.

Pero lo más extraordinario de esta selección es la pelea de esgrima entre el pez unicornio y el pez espátula. Detengámonos por un momento a reflexionar sobre este detalle. Imaginemos que se nos propusiera inventar un combate entre dos púgiles inexistentes. Quizás recrearíamos una escena más o menos imaginativa. Pero nunca sería superada por esta. De hecho, la foca emerge para ir a contárselo a su cuñado.



Frustrerías acuáticas

La charca del Edén da para mucho más. Si no nos basta con admirar cómo los animalillos entran y salen por sus orificios, podemos contemplar al pez alado que se dispone a volar libre, o al pez gallina que nada con la cabeza fuera del agua. Todo es posible en la charca.

La prueba más palpable de ello es el pez monje con pico de pato que flota sereno, enfrascado en la lectura de un pequeño libro. Puede que en sus páginas esté la clave de toda la obra, y a El Bosco no le fuesen necesarias las ayudas externas sugeridas por los sabios, que proponen la hipótesis de los alcaloides del cornezuelo del centeno o de los sueños agitados tras algunas cenas copiosas.



III: Ocio de aire y agua

Ya ha quedado claro que *El Jardín de las delicias* es lo que hoy se denomina parque temático. Hemos podido ver los cuatro pabellones que rodean a la fuente central, en la zona más alejada del complejo de ocio, donde nacen los cuatro ríos. En ese entorno, las criaturas vuelan libres y también se solazan en comunión con las aguas.

Contemplaremos también el curioso desfile en torno al estanque contiguo repleto de damas, así como las detalladas curiosidades del otro espacio acuático, más cercano, donde de nuevo todo se desarrolla en el líquido elemento.

No por obvio debemos dejar de comentar que este apartado y los dos siguientes presentan decenas de seres humanos desnudos y felices, perfectamente integrados en el medio natural, convenientemente adaptado a sus deseos de placer y alimento, pero sobre todo de concordia.

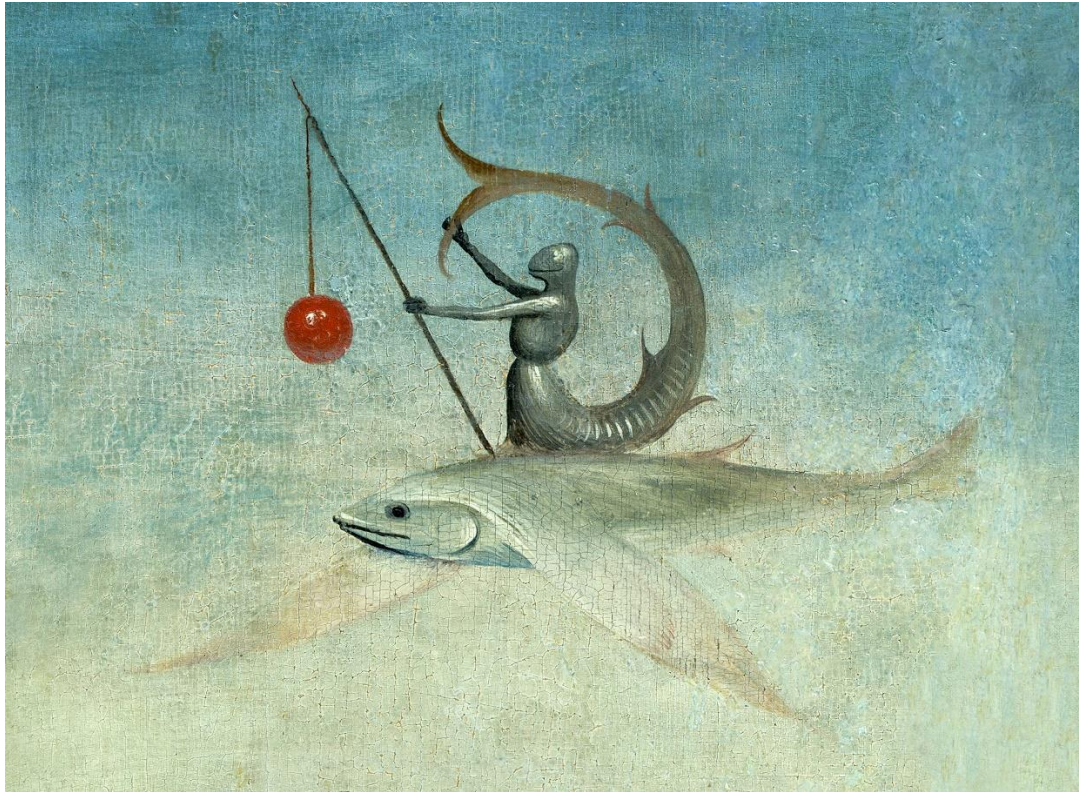


Vuelo cinegético

Hola, me llamo Pedro Ciruelo y estoy de vacaciones en el jardín de las delicias. Una de las actividades propuestas es la caza aérea del oso, con la inestimable ayuda de un grifo.

Ya sabréis que un grifo es un híbrido de águila y león; resulta un animal un poco desconcertante, pero se cabalga bien. Como ya tenemos atrapado al plantígrado, me he puesto a sobrevolar el recinto para presumir un poco.

En este mundillo, ya lo veréis luego, hay unas aves muy grandes. He cogido una rama para que se me vea bien, y uno de esos pájaros ha aprovechado para posarse en ella y volar sin esfuerzo. No me quejo, porque así se nos distingue mejor desde el suelo. Yo creo que quedamos, en conjunto, que ni pintados.



El tritón orgulloso

Ya hemos visto que, junto al primer pabellón del parque acuático, ejércitos de tritones practican la pesca con cereza. Como también hay peces voladores, a nuestro amigo se le ha ocurrido domesticar uno para hacer una bella figura aérea sujetándose la cola. Las criaturas del jardín son de naturaleza mansa, y basta un palo con su fruto colgando para que te lleven en su grupa.

El tritón orgulloso tiene motivos para estarlo. Su batallón no es belicoso; muy al contrario, son soldados pescadores. En este mundo no hace ninguna falta la moral, se impone la estética sobre las envidias y cada uno hace de su armadura un sayo.



Ángeles sin caer

Decir “el cielo del paraíso” podría parecer una redundancia, pero las figuras retóricas son casi obligadas en este contexto. Vamos a dejarlo en “la parte de arriba”.

En la parte de arriba vagan por los aires los seres voladores, y ya se sabe que los ángeles pertenecen a esta estirpe. Los pájaros, las frutas y los pescados les acompañan, ya sea acarreados, como viajeros, o como medio de transporte.

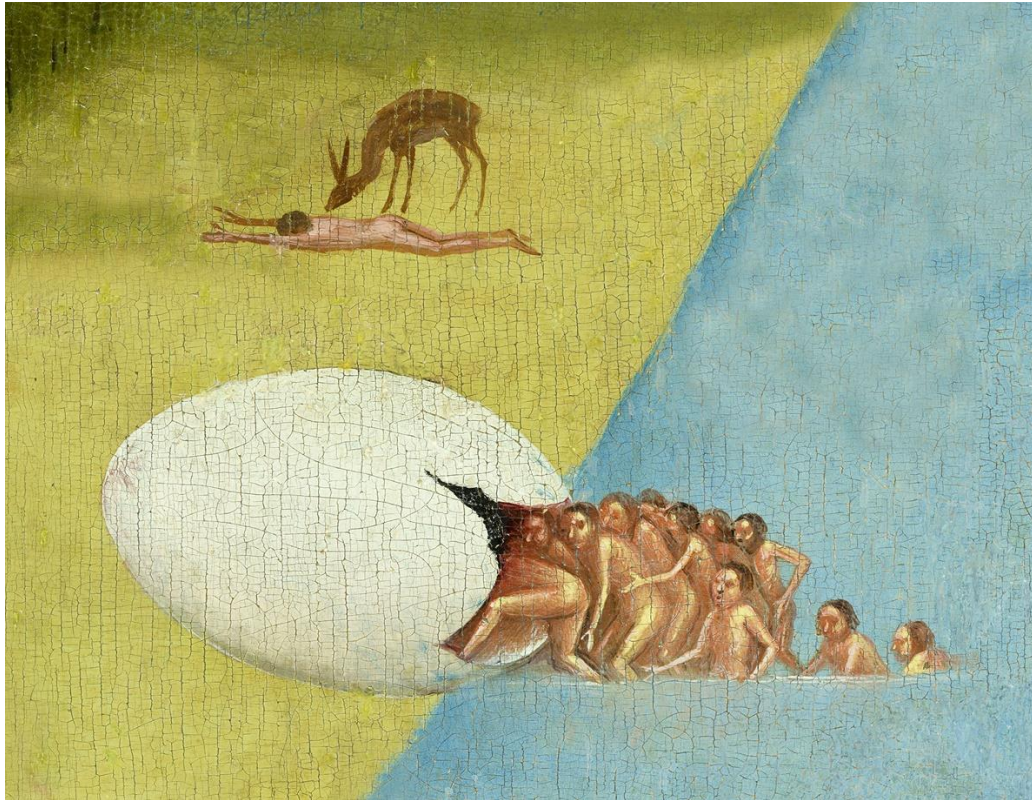
Sancho Panza no, pero don Quijote, si fuera un ángel de los que vuelan, también daría desnudo pingoletas por los aires, y no sobre las rocas filosas de Sierra Morena.



El soto secreto

Un soto es un bosque a la orilla del río. En los sotos de nuestros días, las familias van con los niños de excursión y a merendar. En el del jardín primigenio, como todos son jóvenes de la primera generación, ya no hay niños que valgan. Así que es un buen lugar para hacer gimnasia sueca, como el caballero que nos muestra su culo junto a los arbustos. El escuadrón de tritones pescadores es el del arma de los frutos del bosque.

En la otra orilla, un par de animalillos anómalos también practican sus estiramientos. Diríanse primos hermanos del perro bípedo de la tabla anterior. Pero es que aquí todos son consanguíneos, como los Borbones.



Todos al huevo

Después de un buen chapuzón en el río, nada como meterse todos juntos en una cáscara. No todo va a ser nadar, y el huevo recuerda a los hombres que su labor principal es multiplicarse y poblar la tierra. Seguro que eso es lo que comentarán entre sí mientras se secan en el interior, para salir luego renovados y listos para seguir las directrices biológicas reproductivas.

Al fondo, un caballero ha optado por otro método de secado más eficiente, tendido en el césped. Él está bien, pero un amable cérvido se ha acercado a interesarse por su salud.



La sirena y el tritón

Ya sabemos que los soldados tritones no tienen una disciplina férrea, ni falta que les hace. Este ejemplar ha abandonado la pesca en grupo y anda en tratos amorosos con una rubia sirena, que parece corresponderle recreando una bella figura que bien podría utilizarse de letra capital.

Tras ellos, tres personas se disponen a salir del agua. En el jardín hay total libertad de movimiento y sus gentes están bastante acostumbradas a codearse con seres mitológicos, aunque los humanos no saben (esa es la trampa) que solo ellos acabarán torturados en el infierno si siguen así de relajados.



La obligación y la devoción

Vamos por partes. Por un lado, el profesor de natación del complejo instruye a un grupo de alumnos sobre las nobles artes del baño recreativo. Para ello cuenta con útiles como una pelota y una colchoneta, mientras muestra en seco el modo correcto de mover los brazos en el agua.

Por otro lado, una pálida dama recibe en su embarcación la visita de un par de señores negros, a buen seguro devotos de sus blancos encantos. Las relaciones de sexo interracial y grupal, como el resto de variedades eróticas, son bienvenidas en este mundo perdido. Aquí no vemos angelitos negros, pero ya se sabe “que también se van al cielo todos los negritos buenos”, como cantaba Machín.



La armonía del pincho

Nunca insistiremos demasiado en que la belleza, si bien es relativa, nace con más facilidad en los entornos propicios. Y un lugar en el que conviven enormes plantas exóticas con aves de tamaño considerable es feraz candidato a las florituras.

Así, tenemos aquí a una cuadrilla de hambrientos bañistas que emergen de un gran capullo para alcanzar el fruto que les ofrece un pájaro como si fuera el pincho del vermú. El cuadro se desarrolla sobre una hoja blanca, bajo la que se guarecen otros residentes. Pero al cabo, de lo que se trata es de componer un conjunto armonioso, y esa es la dedicación última de los aquí congregados.

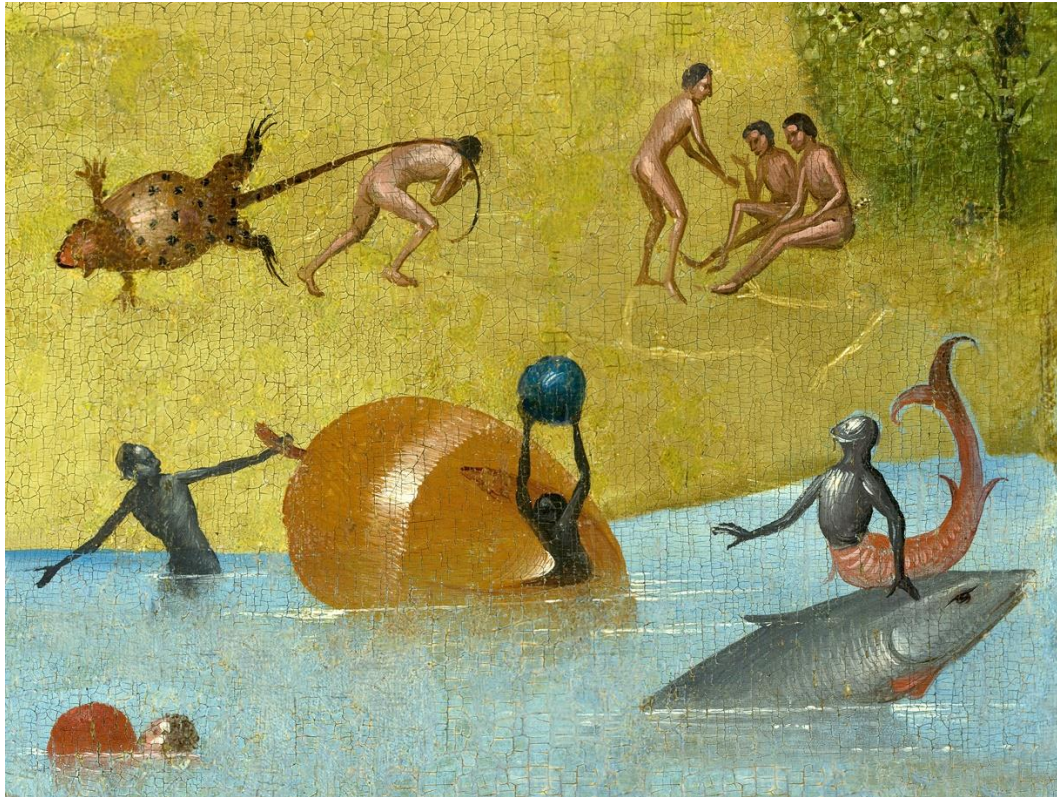


Desfile de cortejo

Esta escena ocupa toda la zona central del panel principal. Dado que los jinetes en círculo son varones, mientras que el estanque circular sobre el que giran está poblado de mujeres, parece lógico pensar que se trata de un ritual amoroso colectivo. Hay una variadísima cantidad de animales, reales y fantásticos, de los que todos los reconocibles por su sexo son machos.

Toda la obra de El Bosco podría considerarse una plasmación del mundo circense, como ya hemos visto en el caso del mono sobre el elefante o de los numerosos acróbatas. Este desfile circular se asemeja a los que se producen en las pistas de circo, cuando todos los miembros de la comparsa comparecen dando vueltas con sus animales ante el público. En este caso, a la atracción se le añade el harén acuático, de indudable vistosidad.

Por fin, y para no estirar las metáforas demasiado, está fuera de duda el parecido entre tamaña parada y los carruseles de las ferias de atracciones. Otro dato más para abonar la idea de que nos hallamos todo el tiempo en un complejo de ocio, de temática nudista y hedonista. O, apurando un poco más, un paraíso epicúreo. No en vano, Epicuro de Samos fundó una escuela llamada *El jardín*.



Trajín misceláneo

Troceamos el jardín con desnudo, y cada fragmento nos invita a volver a fragmentarlo. Pero hay un límite. Por eso en este ejemplo caben hasta diez criaturas: el cazador con su ignota presa, los tres conversadores, los dos negros recolectores, el hombre tranquilo que flota con su pelota, y el recurrente soldado tritón, que esta vez usa un pescado sin alas para dibujar su cabriola sobre él.

Diríase que las bases iconográficas del conjunto están ya bastante asentadas, pero es solo una impresión. Quedan aún decenas de sorpresas, regalos de la mente torrencial del pintor inacabable que burlaba el tiempo y el espacio cuatro siglos antes que Einstein.



Pájaros descomunales

Nada como unos textos libres para acompañar a una pintura libérrima. Pero en este mundo hay de todo, y los ornitólogos han identificado aquí a las aves protagonistas. Pásmense: ánade real hembra, abubilla, pito real, petirrojo, jilguero, martín pescador y ánade real macho.

De entre los numerosos humanos, que lucen pequeñitos ante tanta grandeza aviaria, destacamos a la mujer negra embarazada a la que besa un hombre blanco, y sobre todo a la pareja de la derecha. Es obligatorio señalar que el tango es un baile del Río de la Plata, y creíamos que en la época de los pájaros descomunales aún no se había inventado.



El melocotón batiscafo

Seguimos sumergiéndonos en las procelosas aguas de la imaginación desbordante. Ahora le toca el turno a los ingenios de navegación, que todavía no habían sido mejorados por el maquinismo, pero contaban con el recurso de la mecánica celestial. Téngase en cuenta, empero, que como ya han señalado otros observadores, en este complejo al aire libre no comparece dios alguno.

Unos bañistas voraces son alimentados por una pareja con una garza como mascota. En su embarcación vegetal tienen un realquilado, que ha crecido mucho últimamente. Al fondo, el vecino intenta imitarles, pero su batiscafo parece de protección oficial.



La burbuja del amor

Para concluir este paseo aéreo y acuático, nada mejor que la burbuja del amor. Dicen que los búhos que aparecen por aquí en realidad son cárabos, y no seré quien lo niegue. El de la izquierda tiene un amigo fiel. A la derecha, dos aves anidan en la entrepierna de un intrépido buceador, que tapa con éxito parcial sus genitales.

En la ventanilla de la atracción flotante gratuita, el ocioso taquillero se distrae mirando a una musaraña. El viajero parece más entretenido, acariciando a su pareja. Coloridas perlas alfombran la orilla, sumándose a la orgía de detalles, o a los detalles de la orgía.



IV. Diversión asegurada

Las zonas verdes del jardín están repletas de grupos humanos que se divierten, cada uno a su manera. En este apartado hemos recopilado una buena selección de estas actividades. Son mil y una estampas extraídas de la zona superior del panel central, en los lugares del terreno cercanos a los cuatro ríos. Allí crece la hierba y la juventud entretenida cumple con su misión eterna: disfrutar de la vida olvidando el paso del tiempo y la llegada inexorable de la muerte. Como si no hubiera un mañana.

El tema clásico del *carpe diem* horaciano, literalmente “aprovecha el día”, se interpretó en la Edad Media como un complemento del *memento mori*, “recuerda que vas a morir”. Aunque la rotunda presencia contigua de la tabla del infierno parece ofrecernos esa lectura, el feliz desenfado de estas estampas las acerca más a la concepción renacentista de la frase de Horacio: disfrutemos de la vida mientras nuestra juventud lo permita.



Concordia entre especies

El *locus amoenus* (lugar ameno) es ese tópic literario en el que un espacio natural es el marco perfecto para dar rienda suelta al amor. Además de las zonas con aguas, sus otros dos elementos imprescindibles son las praderas y los árboles. Y por fin, no suele faltar la presencia de animales.

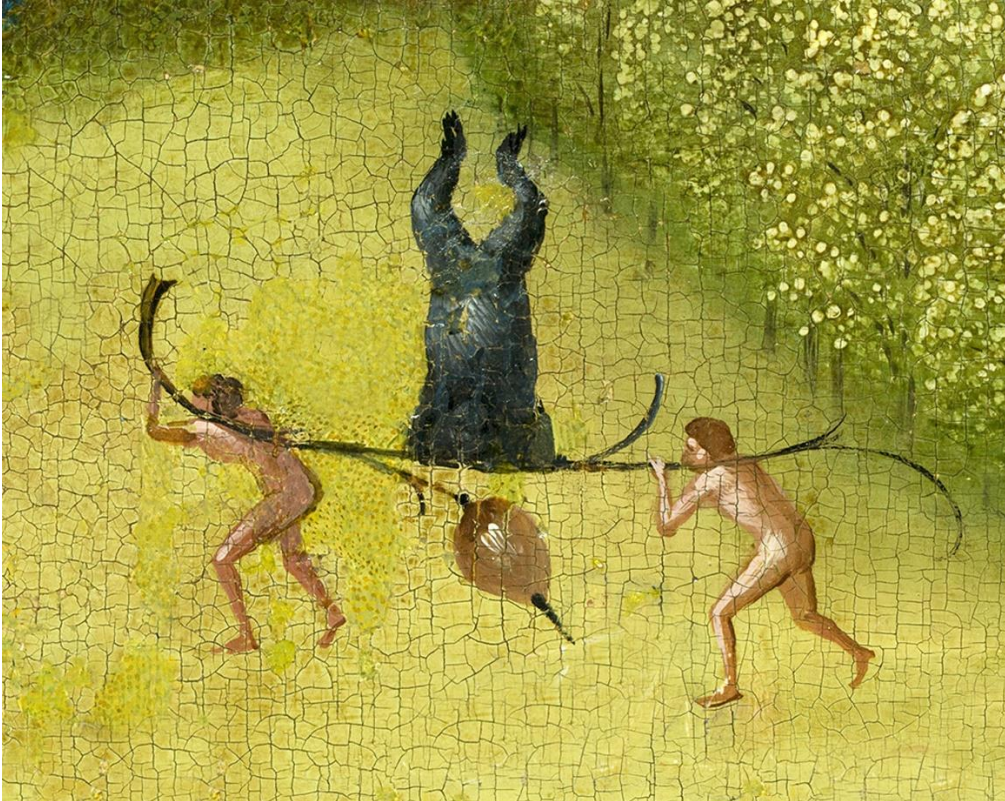
El feliz esparcidor que encabeza la cabalgata pareciera dedicarse a la siembra, pero apostamos por una versión primigenia del confeti: lo que se lleva en estos prados es la diversión porque sí. Qué otra cosa puede transmitirnos si no el hombre junto al bosque, montado sobre ese reptil múltipodo. Al fondo, un nuevo grupo de visitantes se dispone a unirse a la juerga.



Adorando al madroño

Resulta que al madroño se le llama árbol de las fresas. Para mayor confusión, el fruto del madroño se denomina también madroño. Y terminando de liarla parda, los madroños gigantes que vemos en el jardín están coronados por hojas propias de las fresas.

No es pues de extrañar que cuando el tríptico llegó a Madrid, se registrase como “La tabla de la gloria vana y breve gusto de la fresa o madroño, y su olorcillo que apenas se siente cuando ya es pasado”, y se le llamase, resumiendo, “La pintura del madroño”. Cuando los madroños están maduros, tienen un alto grado de alcohol. Los señores de la imagen lo saben.



El oso sin cabeza

En el jardín no hay compraventa: aún no ha dado tiempo para inventar el comercio. Así que nadie vende la piel del oso antes de cazarlo. Y cuando se caza y acarrea, pueden pasar cosas inverosímiles, que es lo más habitual y emocionante de estos lares.

La rama que habíamos arrancado para transportar nuestra pieza en primoroso equilibrio (ya se sabe que la gravedad aún está adquiriendo carta de naturaleza) no tenía ningún fruto. El oso conseguido estaba entero. Pero su cabeza ha desaparecido, y de repente una gran bellota ha ocupado su lugar. La generación espontánea está al servicio de la euritmia, o combinación armónica de proporciones.



El cuervo tostón

Las llamadas aves del paraíso son una familia de estos animales voladores, que viven en Oceanía. Se caracterizan por sus largos y coloridos plumajes, y a veces se les incluye en el grupo de los córvidos. Teniendo en cuenta que el quinto continente aún no había sido explorado en el momento de ser pintada esta obra, tenemos que quedarnos con el nombre nada más.

El cuervo tostón posee una estilizada cola, pero no hace más que graznar quejándose de su negro color. No hay duda de que es un ave del paraíso, pero le gustaría ser más vistoso. Es normal que los visitantes intenten espantarlo, aunque se aferra obstinado a su rama.



El número del caparazón

Un par de amigos se han montado un sencillo número de equilibrista con un caparazón y una rama. Un grupo de negroides los contempla con la actitud de haberlo visto todo ya, pero al fin y al cabo son su público, y los artistas se deben a su público.

Detrás, un exótico mamífero no pasa del todo desapercibido. La razón principal es que se trata del primer jackalope, también llamado conejilope. Este animal fantástico, un conejo con cuernos de antílope, fue recreado por taxidermistas en Estados Unidos en la década de 1930, y ha sido citado en cuentos infantiles, canciones y películas.

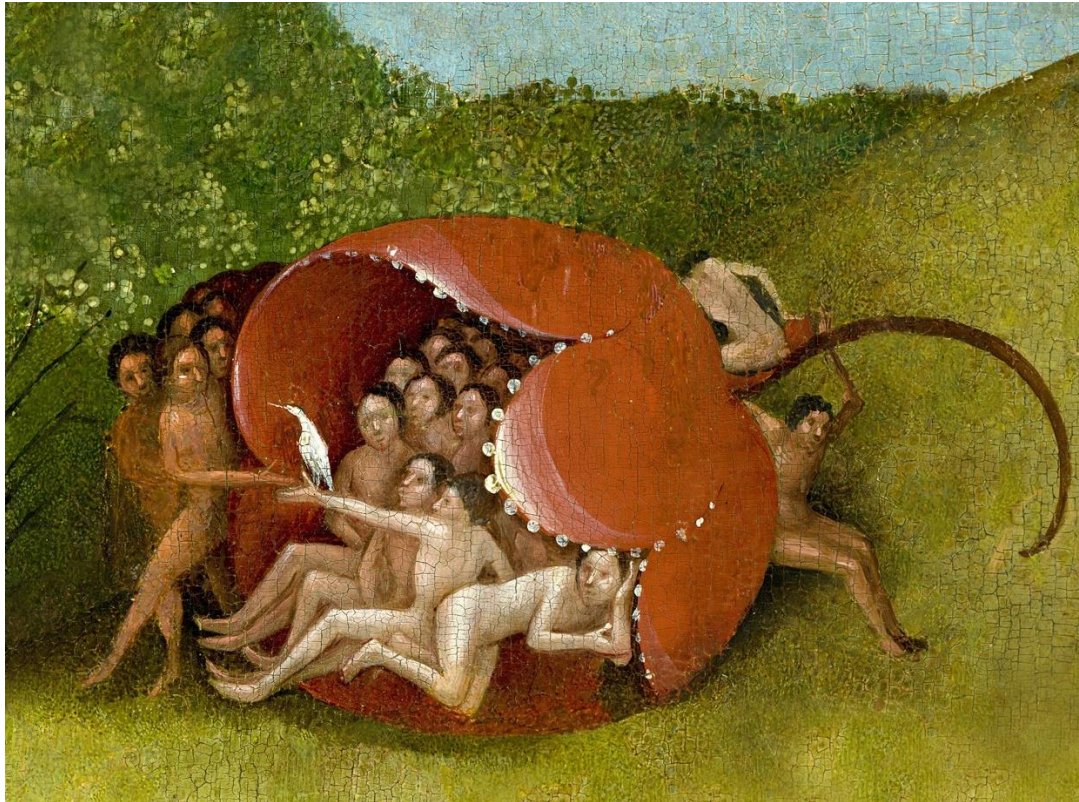
No queremos decir que la enorme influencia de la cultura popular estadounidense se remonte a los días anteriores al diluvio universal. Quede claro, por si acaso.



Pináculo pajarero

Estos chavales no tienen fin en sus cavilaciones ociosas. Ahora han embutido a un pájaro de largo pico en una esfera vegetal y se dedican a dibujar con él un pináculo sostenido por varios hombretones, unos con las cabezas y otros con los pies.

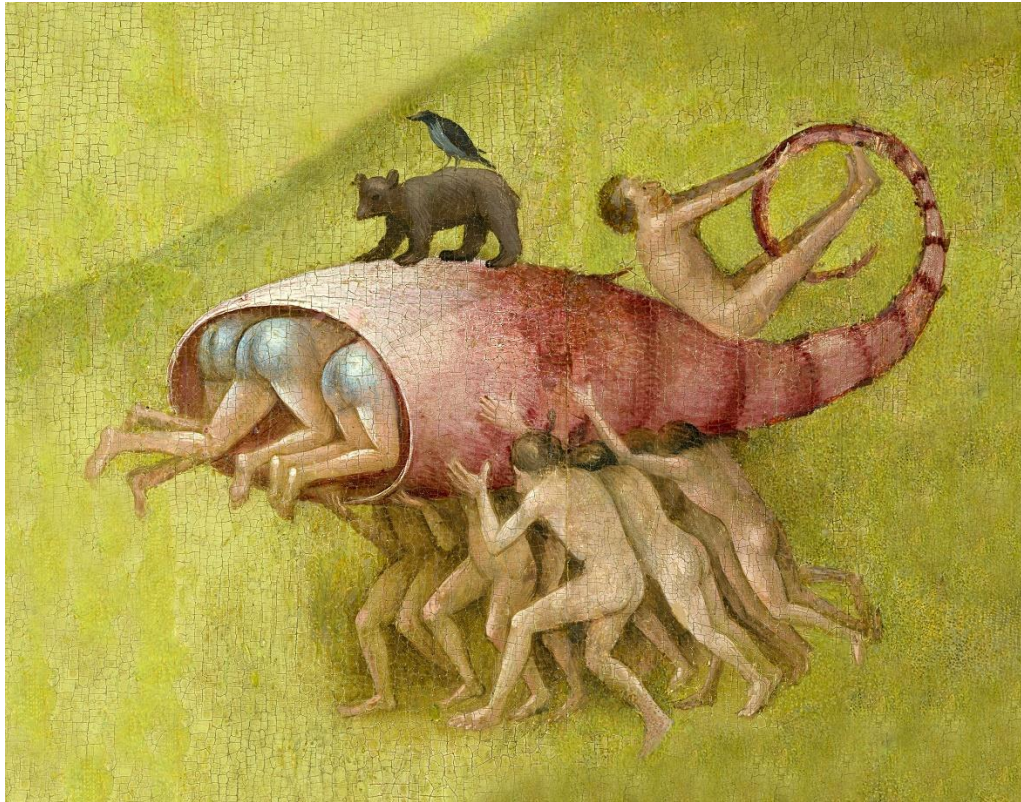
Sobre el pájaro, uno de ellos hace el pino apoyado en una funda roja. Por fin, otro parece impulsar al conjunto a que avance, tomando la punta del pico del ave. Siempre precursores, los humanos primigenios ensayan lo que luego serán los castells catalanes, de fama internacional.



El refugio de la flor

Pongamos que lo que estamos viendo es una amapola, aunque quizá es mucho suponer. Pero en fin, una flor sí que es. Y de las grandes, como todo en este jardín. Tanto que sirve de refugio para que los hombrecillos encuentren sombra, acompañados de una garceta.

Si fuese una amapola, que se parece, podríamos hablar de las propiedades de esa flor. Contiene alcaloides sedantes, y la variante llamada adormidera se utiliza para producir narcóticos. Llegados a estos extremos, deduciríamos que los zagales, más que sombra, han encontrado el opio del pueblo, que en este caso no es la religión.



Esto no es un marisco

Si es de origen animal, este armatoste hueco procede del mar, y aquí no hay mar que valga. Así que nos inclinamos por la procedencia vegetal. Eso sí, ya es casualidad que las gentes que se asoman de su interior muestren sucios sus traseros.

Pero todo vale para hacer figuras, una obsesión entre los pobladores del jardín. Y si le añadimos un osezno con un pájaro, ya tenemos la enésima carroza de la comparsa. Si *París era una fiesta*, el mundo recién creado era el despiporren, la jarana jacarandosa, una farra del copetín, la madre de todas las parrandas. A su lado, Hemingway y sus amigos eran unos aburridos.



Acrobacia con sirena

La gente en general no lo sabe, pero las sirenas pueden salir del agua y ponerse a jugar en el prado con los humanos.

El tema es así: se reúnen unos diez varones desnudos y se apiñan de modo que uno de ellos emerja del grupo al revés con las piernas abiertas. Entonces alguna sirena que pase por allí colocará su cola en torno a sí misma y saltará sobre el conjunto para completar el cuadro.

Basta con permanecer unos instantes en tamaña pose grupal, y los cuervos acudirán solícitos a picar los culos, que es el propósito final de este juego campestre. Nadie nos pide que lo compartamos; ni siquiera que lo entendamos.



V. Jolgorios cercanos

Aunque solo sea porque todos acabamos rendidos por el sueño, las fiestas siempre tienen un final. El rico panel central del *Jardín de las delicias* termina con las escenas de su parte inferior, en las que los humanos se ven más cerca. Al ser más grandes sus tamaños, también son susceptibles de detallarlos mejor.

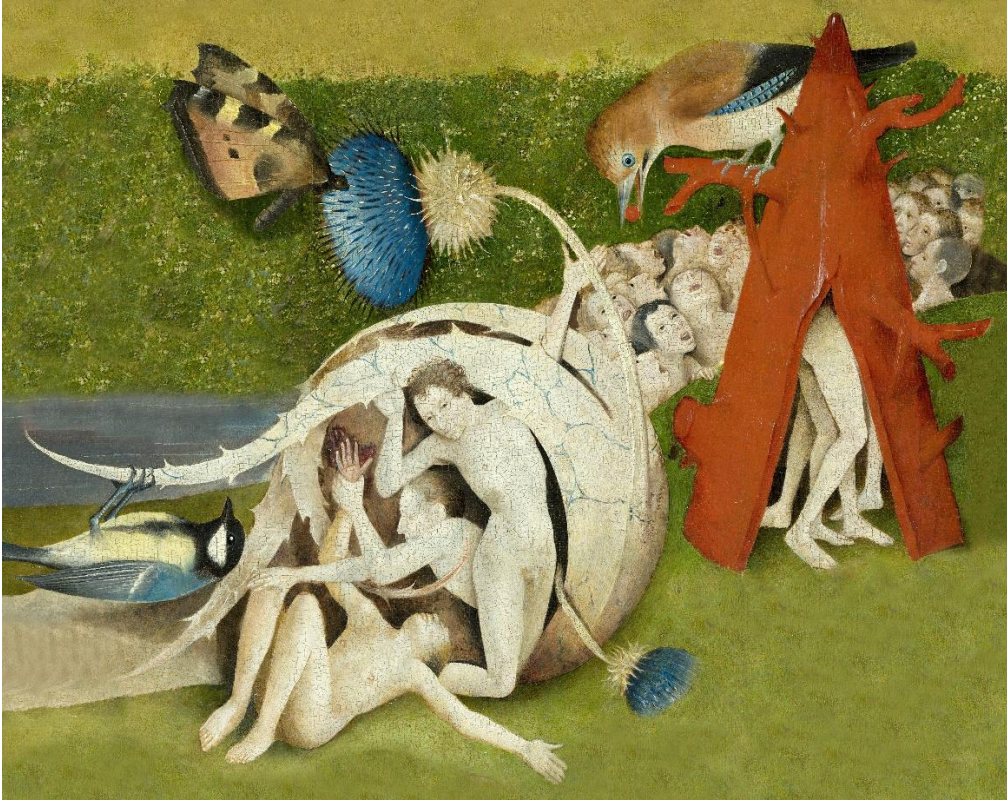
Básicamente, sus dedicaciones son las mismas que las del resto de la tabla y gozan de una tranquilidad placentera. Si eso es pecar, que venga Dios y lo vea. La capacidad de variación continúa, anticipando la explosión de elementos imaginativos de la siguiente y última parte, esa ya oscura e infernal.



Al rico mejillón

A Cristo se le ve en ocasiones con su cruz a cuestas, y según dicen la llevaba a la vez queriendo y sin querer. Algo parecido pasa con el porteador del mejillón, que quizás participa en un juego en el que le ha tocado cargar las espaldas.

Habíamos quedado en que en este mundo no hay aún océanos, pero desde luego sí comparecen elementos que los anuncian. Si no, qué pintan las sirenas, por ejemplo. O este robusto ejemplar de mejillón, que funge de discreto lecho para que una pareja practique las artes amoratorias. Unas cuantas perlas parecen estar siendo defecadas, pero de nuevo todo son conjeturas.



El tipi de madera

Habitualmente, este rincón es el embarcadero de los bulbos batiscafo donde, si se deshojan demasiado, son reparados para que vuelvan al agua. El encargado vive en su tienda de madera rojiza, pero se ha ido a merendar un momento y ya ven lo que ha pasado.

En cuanto dejas libre el chiringuito, las mariposas, los pájaros y las gentes lo ocupan a base de bien. Algunos juegan a ser polluelos, otros practican lucha libre, hay quien se despereza mirando al tendido, y varios entran al tipi a fisgar. Luego vuelves, tienes que espantarlos un poco y a seguir con la tarea. Si es que son como niños.



¡Va a caer una!

Algunos viven en el mismísimo Edén, pero no por eso dejan de ser un poco agoreros. El de la izquierda se echa las manos a la cabeza e insiste en la inminencia de un chaparrón.

El caso es que ha convencido a los otros dos de que deben refugiarse con él bajo su paraguas, y además, por si falla, le ha puesto al señor gordo una capa en la cabeza. El hombre no ve nada y siente un cosquilleo en el culo. Empieza a sospechar que mejor estaría tumbado a la bartola, y si llueve que llueva.

La versión de los hechos que afirma que estamos viendo la víspera del diluvio universal le daría la razón al aprendiz de Casandra, y el resto serían los creadores de la expresión “Si solo son cuatro gotas”.



Merendola y gravidez

En el bosque, el pícnic es un hecho obligado, si existieran aquí obligaciones. Como no hay aún tiendas para comprar mortadela, las gentes recogen los frutos de los árboles, y santas pascuas. Ya llegará Manet y pintará su versión impresionista.

La chica embarazada se interesa particularmente por el atento varón que le trae un orondo madroño. La veda de las conjeturas se abre una vez más. ¿Es él su marido, padre del futuro bebé, que le cuida respondiendo a sus antojos? ¿Es un vivaz conquistador? ¿Ella solo le pregunta la hora? El resto de excursionistas, siguiendo las costumbres locales, no muestra el menor interés por la escena.



En torno al colmado

En todos los núcleos de asentamiento humano con un número suficiente de habitantes, encontramos ese establecimiento donde puedes obtener un poco de todo, que ejerce también de lugar de encuentro social.

El colmado del jardín no es muy grande, pero, como todos sus edificios, constituye un prodigio de arquitectura ecléctica. Tiene influencias orientales, terraza ajardinada donde retozan los hombres con cabeza de endrina, aljibe con jarrón en bandeja de mejillón, y un ambiente muy agradable.

Por eso la gente se agolpa allí encantada, y hasta se meten flores por el culo. Pero sobre todo, el pescado es muy fresco y los tenderos te aconsejan cómo hornearlo mejor.



Que no pare la música

Ya se sabe que Vishnu, Shiva, Brahma y un montón de dioses y diosas hindúes tienen brazos para dar y vender. Aquí estamos en un parque temático más o menos judeocristiano, y las cosas son diferentes.

Pero bueno, si contamos con un solícito ejemplar de búho, mochuelo o lo que sea, podemos montar entre dos un número de lo más índico y vistoso, con esas cerezas que crecen por estos lares, que son como manzanas de gordas.

Total, que entre el búho, un bulbo que había por ahí, las ramas y las cerezas, mi compadre y yo hemos montado una cosa muy conjuntada, muy de ver a gusto y muy de animarse a seguirnos el ritmo. Tanto que intuimos que, de algún modo, las maracas y la samba han adquirido carta de presentación, una especie de natalicio del Caribe.



El inventor solitario

El juego puede darse en grupo o en solitario. Nuestro amigo, tras meditar, ha tomado la decisión de concentrarse en su cereza, ciruela o lo que lleve entre manos, y está inventando la ofrenda.

El pajarraco, que no entiende de sublimaciones, acude a picar del fruto, aprovechando que el oferente levanta el pie. Ello no ha de desviar nuestra atención ante el hecho de que el cerebro humano tiende desde siempre a conferir de importancia lo que no la tiene.

Parecerá intrascendente, pero es todo lo contrario. La trascendencia consiste en transformar lo que no acaba de entenderse en un relato mítico, y quedarse tan ancho creyendo que el arte poético crea realidades. Así le va a la Humanidad.

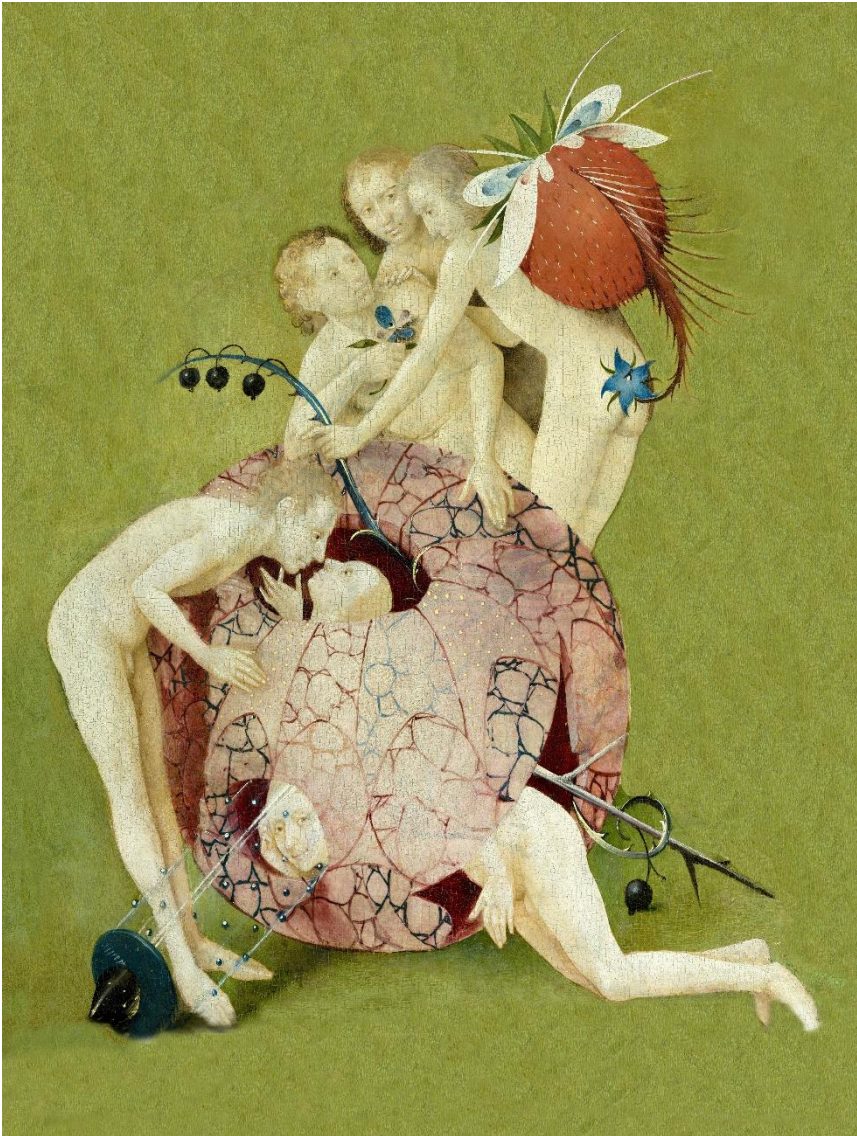


Apostando por la negra

La chica negra es una preciosidad, y además se ha adornado con pequeños detalles que realzan su desnuda figura: ese ligero floral de un solo muslo, ese tocado frutal en equilibrio...

Uno le hace la manoletina mostrándole el grácil volar de un pajarillo. Otro le muestra su odre estampado, repleto de rico néctar. Al fondo, un admirador acarrea un racimo de vid.

Ella permanece esbelta y digna, porque sabe que esos chicos son todos buena gente y que el esclavismo será cosa de un futuro lejano, mucho menos prometedor para sus descendientes.



Bola de besos

Los materiales de construcción disponibles en el jardín son sencillos y a la vez muy variados. Esta atracción consiste en una bola con orificios, de apariencia física entre la porcelana y el bulbo cebollero, con aditamento de tubo de vidrio.

A su alrededor y en su interior fluyen el amor y la amistad, todavía sin diferenciar de modo preciso. Además de besos y caricias, hay contacto corporal sin zarandajas de distancia social. Ya llegará el tiempo en el que, muérdago mediante, los besos se den bajo las bolas y no desde dentro de ellas.

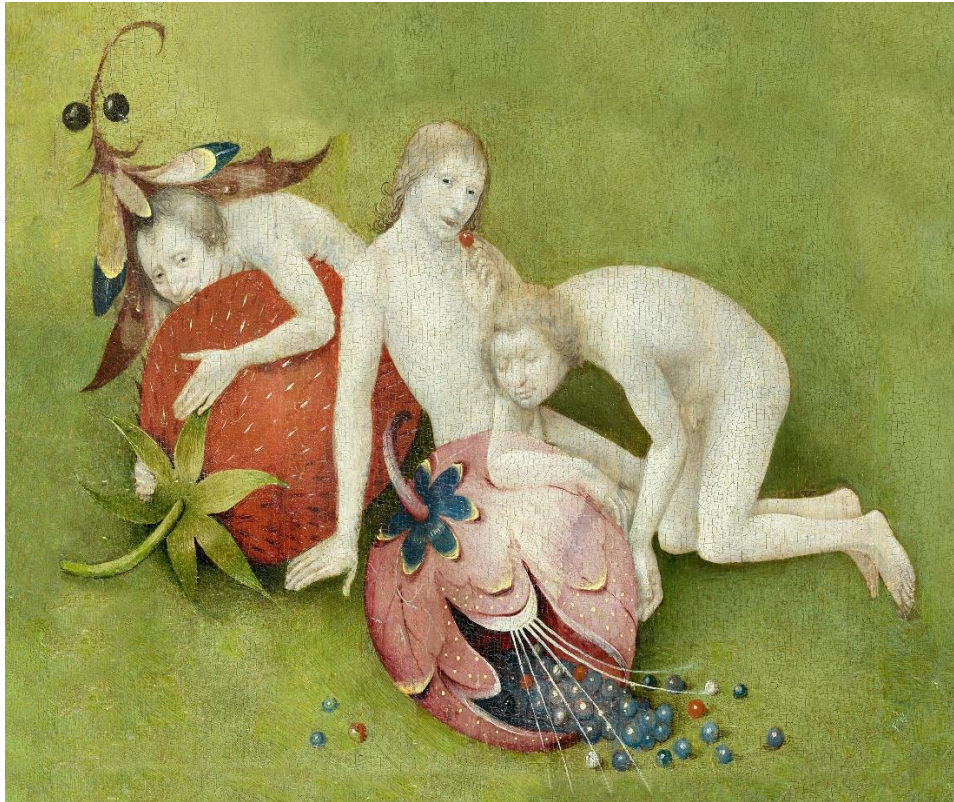
Eso sí, sean mochilas madroñeras o ramas, los objetos auxiliares acusan una tendencia común de acercar sus pinchos a los culos. Será que el Edén también es el origen de la benéfica institución del practicante.



Eterna verbena

Si bien en el bosque las reuniones para merendar no pasan de apacibles tertulias a la sombra, en campo abierto el asunto adquiere dimensiones de kermés. Aquí se come, se bebe, se ama y se baila con razonable voluptuosidad.

Entre tanta animación abigarrada, destaca sin embargo la figura de la dama con un par de cerezas por sombrero, en su blanca palidez y digna pose, trasunto simétrico de la mujer negra de una estampa previa. Hablando de negros, parece que los chistes que cuenta el del fondo producen en su receptor más dolor de cabeza que hilaridad.



La tripleta caricata

El jardín, ya lo hemos comentado, es como un circo. Y uno de los números finales habituales es la comparecencia de los payasos, que muchas veces se presentan en trío. El grupo cómico suele estar compuesto por un Pierrot o Carablanca, que ejerce de serio, un Augusto patoso y extravagante, y un Trombo o Segundo Augusto, mediador entre los otros dos.

Los tres caballeros de este recorte, aunque ya están un poco fatigados de tanto tute, son el germen del momento humorístico del mayor espectáculo del mundo. Abajo, si le echamos un poco de imaginación, parece estallar una carcajada.



Vayan saliendo

Dicen los que saben mucho de todo esto que la señorita de la derecha está cubierta de vello desde el cuello hasta los tobillos. Luego nos dejan más tranquilos cuando añaden que no tienen ni idea de por qué.

Lo que es seguro es que el negro está llamando a un taxi. Eso queda confirmado porque el señor del centro le está comentando a la velluda que los cinco no van a caber y se tendrá que ir andando.

Ha sido una visita muy amena, pero ya va siendo hora de recogerse. Todos se llevan algún pequeño recuerdo para poder contar a sus vecinos las maravillas de este lugar. Es posible que con el paso del tiempo la memoria falle y deforme algunas cosas, pero en conjunto el paraíso es sensacional.



La cueva insondable

El último rincón de la tabla central presenta una cueva ante la que vemos dos formaciones transparentes. Una de ellas es como una pecera que ejerce de jaula de pájaros. La otra nos deja ver detrás a una dama.

Esta chica con tirabuzones se ha querido ver como Eva por portar un fruto, y al varón que la señala como Adán o incluso Juan Bautista, que la estaría acusando de causar todos los males. No seré yo el que afirme que no se puede interpretar libremente esta obra. Pero el supuesto Adán (¿vestido o simplemente en sombra?) tiene un amigo detrás (dicen que Noé, puestos a inventar), y quién sabe qué lleva la supuesta Eva en la boca.

Más les valdría a los exégetas bosquianos relajarse un poquito, y reconocer con Sócrates que no sabemos nada.



VI. Entre tinieblas

Pese a la ausencia de malicia o ensañamiento entre los humanos del jardín, El Bosco tuvo a bien completar su tríptico a la derecha con un infierno, como en *El carro de heno* y en *El juicio final*. Es indiscutible que los humanos torturados en este panel lo son según la doctrina cristiana del castigo por los pecados.

Lo que sí nos atrevemos a poner en duda es que esas faltas hayan sido cometidas en el jardín. Ha quedado claro que allí la gente se entretiene tranquila. De hecho, brillan por su ausencia la lujuria, la gula, la avaricia o la soberbia, pecados capitales que parecen ser reprendidos aquí. Si todo esto es un gran juego, la parte infernal se puede incluir en él: sería la casa del terror del recinto ferial, donde espectadores niños y mayores se divierten a base de chutes de adrenalina.



La urbe en llamas

Los incendios en las ciudades son mucho más vistosos si es de noche y se producen junto al río. Entre el fuego y el humo de las montañas, los ángeles caídos se disponen a poblar los espacios chamuscados. Un ejército maligno cruza el puente hacia el molino y los desesperados huyen en tropel. Pero no hay escapatoria.

Un buen desastre como este es una escena excelente como catastrófico telón de fondo del averno. Qué mejor que la mente de El Bosco para plasmar un claroscuro tenebroso. Después llegarán Caravaggio y el barroco, Goya y Solana. Y el Fondo Monetario Internacional.



Ascensor para el cadalso

Vale que la ciudad está en llamas. Vale que todo es un alboroto de fuego, sangre y humo. Pero es que la cosa va más allá: estamos en el mismísimo infierno, sin comerlo ni beberlo, y nada luce demasiado halagüeño.

Los demonios son ahora los dueños del cotarro, y han decidido que los humanos nos hemos portado mal. Vivíamos tan panchos, con nuestras cosillas, y ahora hay escaleras que nos llevan a cadalsos con horcas dobles, a donde nos obligan a subir marcha atrás.

No podemos evitar la pena que nos infligen. Uno asciende y otros esperamos a que nos condenen eternamente. Va a ser mucho rato de sufrimiento, y yo insisto en que no había sido para tanto.



El cuchillo orejero

Los demonios del infierno tienen sus propios medios de transporte. Desde ellos, van escachando y torturando a los condenados, no por nada, sino porque ese es su trabajo.

El cuchillo orejero último modelo avanza por el territorio de la oscuridad, y ay si te pilla. Además, ya se sabe que los críticos de arte ven penes por todas partes, y este vehículo es, ya no quizás, sino según ellos con toda claridad, una metáfora visual de un órgano sexual masculino en erección, que es algo netamente pecaminoso en la versión de los reprimidos y amargados.



La esquina equina

Esta es la zona de los tormentos metálicos, presidida por un gran cráneo de caballo. El pobre rocín ya sufrió en vida los pinchazos de las espuelas, y se merece ahora servir de estilizado adorno y apoyo de la pértiga con crampón del diablillo. Este se afana en torturar al condenado por esconder la llave de la iglesia. Abajo, el que despertaba a todo el pueblo desde la torre, ahora ejerce de badajo de su propia campana.

El origen atemporal de esta escena hay que buscarlo en una célebre rencilla municipal. El sufriente de arriba era el alcalde, poco dado a rituales cristianos madrugadores; el de abajo, el párroco, de costumbres anticuadas. Para más información, remitimos a los relatos de Guareschi protagonizados por Don Camilo y Pepone.



Lecturas infernales

A los demonios les gusta disfrazarse, sobre todo de monjes. Muchos son verdaderamente feos, y mediante el hábito tapan sus miserias, en un claro paralelismo con lo que ocurre en la superficie. A algunos todo esto les da igual, y se dedican a balancearse mostrando sus monstruosas desnudeces.

A la menor ocasión, estos frailes falsos usan a los pecadores como silla para leer sus manuales de tortura, como el *Directorium inquisitorum* de Aymerich, o *El alquimista* de Coelho. Pero no por ello pierden el tiempo: concentrarse en esos textos infames es compatible con avivar las brasas, si te pertrechas la cabeza con un buen atizador. La ayuda del amigo espátula también contribuye.



La taberna de la gaita

Se conserva en Viena un dibujo previo de este personaje/edificio, cuyo nombre tradicional es *El hombre árbol*, porque tiene cabeza humana y dos troncos como piernas, cada una montada en una barca.

Su tórax es una cáscara de huevo deformada, a la que se accede por una escalera, con una taberna dentro. Arriba, un desfile de residentes gira con sus parejas demoníacas (monja, pajarraco, institutriz) en torno a una gran gaita, reproducida también en la bandera de la izquierda.

La taberna de la gaita, si te fijas bien, es un oasis de relajación entre tanto suplicio. Hasta te puedes sentar tú sobre un monstruillo, y no al revés.



Pasen y vean

Esto es el infierno, y en general la gente sufre a manos de los seres malignos que lo pueblan. Provocan guerra y destrucción, y luego se llevan a los muertos en procesión, con banderas y chirimías, para que ingresen en la morada del pánico. Pero nos surge una duda. ¿Cuál es el destino de los masoquistas en la otra vida? Si disfrutaban con el dolor, este es su paraíso, y en el cielo lo pasarán fatal.

Conclusión: los masoquistas buenos van al infierno, y los malos al cielo. Entre las legiones de pecadores que van viniendo en comitiva, hay unos cuantos que llegan ilusionados, porque van a gozar de suplicios toda una eternidad. Algunos, sin embargo, intentan explicar que ellos buscaban el sufrimiento en vida para luego estar con los angelitos. Menudo cacao cristiano llevan, pobres incautos.



Tomad y comed

Unos perros con malas pulgas se están merendando a un militar de la orden del batracio, al que no le ha servido de mucho llevar un cáliz con su hostia. Detrás, sus compañeros de armas sufren distintos castigos, dentro y fuera de una gran linterna.

El culo de otro penitente sobresale bajo la banderola. Su tormento eterno es ser tronchado por un enorme cuchillo. Más abajo, una mujer es cabalgada y espoleada para que entre en un cántaro.

Un hombre sale de un jarrón por una escalera, a la derecha; más le valdría quedarse dentro, visto el panorama.



Por desafinar

Sobre todo por este fragmento, al panel derecho se le llama a veces *El infierno musical*. Un laúd con un arpa inserta, una zanfoña, un tambor y una chirimía son eficaces medios de tortura. Hay un coro de cantores, y varios se tapan los oídos.

El monstruo rosa que dirige la orquesta lee una partitura con su lengua, inscrita en el culo de un condenado, que continúa la del libro bajo el laúd. Fue transcrita e interpretada en 2014, y ha sido objeto de muchas versiones. Según suposición general, todo esto simboliza la condena por escuchar música profana divertida y no sacra aburrida. ¿Y si no es más que el infierno de los músicos malos?



Agonía sobre hielo

En el infierno hay un lago congelado donde se practica el patinaje. Esto lo sabe poca gente, porque todos creen que allí solo hay mucho fuego y mucho calor. Claro que los patinadores y los navegantes, por haber sido gente vil, reciben su merecido cuando el hielo se rompe y se caen “en las heladas aguas del cálculo egoísta”, como decían Marx y Engels en su manifiesto.

Los diablillos pingüino/enano/espátula, como Cupido, están pertrechados de arco y flechas para torturar a su próxima víctima. Llevan también patines de cuchillas, y sólo Belcebú sabe si los usarán como provechoso instrumento adicional de martirio.



Papelera de reciclaje

Unos pájaros huyen del culo del pecador al que se traga el encargado de reciclaje del recinto (otros dicen que es el mismísimo Satanás), expulsados por un pedo explosivo y humeante.

Este bello personaje, con cabeza de ave rapaz, sombrero de caldero y zapatitos de jarrón, reposa en un trono evacuatorio y va defecando a sus víctimas en un pozo ciego poblado por buceadores, al que también caen monedas del culo de alguien y vómito de otro.

A la derecha, un residente con un yelmo de fantasía anda en tratos con otros pájaros, y una congregación de diablas vela el sueño de un infeliz al que viola una rana. Abajo, un diablo negro abraza a una moza, y ambos se reflejan en el espejo del trasero de otro bicho verde. Lo que queremos decir es que pasan cosas raras aquí, y luego vienen los listos y dicen que son los pecados capitales.



Casino ilegal

El casino del infierno era un tinglado muy bien montado, con sus mesas de juego, sus tableros de backgammon, sus dados, sus naipes, su exceso de alcohol, sus peleas y sus prostitutas. Pero ya hemos dejado claro antes que toda juerga se termina.

La policía demoníaca pilló a todos los jugadores desprevenidos. Hicieron su trabajo con celo: volcaron la mesa y usaron sus sables a diestro y siniestro. El agente rata/raya era un broncas, se la tenía jurada al que le ganaba al póker, y lo acribilló contra el tablero. Y el teniente conejo, siempre soplando su gaita desde que dejó de fumar, se llevó a comisaría al borracho del colon irritable.

Los policías luciferinos no son como los terrestres, que defienden la democracia.



El beso del tocino

Dos cánidos con antena parabólica devoran a un penitente. Son perros pluriempleados, porque están retransmitiendo las últimas noticias del cuadro. Un monstruillo emperifollado, que lleva un pie de repuesto, sostiene el tintero en el que un cerdo tocado como una monja unta su pluma. Se trata de convencer a un condenado para que firme la cesión de su alma, su hacienda, sus derechos o lo que sea.

Al jurisconsulto le han dicho que si ayuda al cerdo puede seguir vestido. Por la cuenta que le trae, guarda los legajos lacrados y lo que haga falta. Su mascota anfibia se dispone a entrar en el bolsillo, entonando un casi imperceptible sanseacabó.

Índice

Introducción	3	La obligación y la devoción	34	Apostando por la negra	61
I. Arquitecturas caprichosas	7	La armonía del pincho	35	Bola de besos	62
La urbanización de los pájaros	8	Desfile de cortejo	36	Eterna verbena	63
Las montañas azules	9	Trajín misceláneo	38	La tripleta caricata	64
La primera fuente de la vida	10	Pájaros descomunales	39	Vayan saliendo	65
La segunda fuente de la vida	11	El melocotón batiscafo	40	La cueva insondable	66
El primer pabellón	12	La burbuja del amor	41	VI. Entre tinieblas	67
El segundo pabellón	13	IV. Diversión asegurada	43	La urbe en llamas	68
El tercer pabellón	14	Concordia entre especies	44	Ascensor para el cadalso	69
El cuarto pabellón	15	Adorando al madroño	45	El cuchillo orejero	70
II. Criaturas nacientes	17	El oso sin cabeza	46	La esquina equina	71
El unicornio y el elefante	18	El cuervo tostón	47	Lecturas infernales	72
La jirafa y el árbol de la ciencia	19	El número del caparazón	48	La taberna de la gaita	73
La pareidolia y los anfibios	20	Pináculo pajarero	49	Pasen y vean	74
Ménage à trois	21	El refugio de la flor	50	Tomad y comed	75
El felino cazador	22	Esto no es un marisco	51	Por desafinar	76
Pajarracos comen batracios	23	Acrobacia con sirena	52	Agonía sobre hielo	77
A la orilla de la charca	24	V. Jolgorios cercanos	53	Papelera de reciclaje	78
Fruslerías acuáticas	25	Al rico mejillón	54	Casino ilegal	79
III. Ocio de aire y agua	27	El tipi de madera	55	El beso del tocino	80
Vuelo cinegético	28	¡Va a caer una!	56		
El tritón orgulloso	29	Merendola y gravidez	57		
Ángeles sin caer	30	En torno al colmado	58		
El soto secreto	31	Que no pare la música	59		
Todos al huevo	32	El inventor solitario	60		
La sirena y el tritón	33				



Este libro se terminó de crear el 5 de julio de 2022, cien años después de las primeras elecciones democráticas donde pudieron votar las mujeres en Holanda, tierra natal de El Bosco.



El jardín de las delicias invita a ser troceado, para crear decenas de nuevos cuadros aislando las escenas del tríptico. Si a esos nuevos cuadros les añadimos unos comentarios tan delirantes como lo que describen, obtenemos este libro, repleto de hallazgos ingeniosos.

Antonio Tausiet (Zaragoza, 1967) se dedica a enmendar la plana con humorismo a la legión de críticos de arte que han creído saber cuáles son los misterios que encierra la gran obra de El Bosco.